

# EXPERIENCIA, SIGNIFICACIÓN Y CONDUCTA EN LA VÍA DE LA REALIZACIÓN HUMANA: ALGUNAS CONSIDERACIONES

Luis Ramírez Aguirre\*

---

## Resumen

*El artículo se propone reflexionar acerca de algunos conceptos y procesos básicos en la comprensión del itinerario a seguir por la conducta en la búsqueda de la realización de sí. En este sentido, se interesa por algunos temas como experiencia, significación, tendencia, defensa, libertad, valores, considerados como fundamentales para entender el éxito o el fracaso en la búsqueda señalada (éxito o fracaso, según -claro está- las representaciones y contenidos de los que se hayan visto revestidos aquellos temas en la existencia personal).*

**Palabras Clave:** Experiencia, significación, tendencia, libertad, valores, realización de sí.

## Abstract

*The article aims at discussing some basic concepts and processes in understanding the way that behavior follows when searching for self-fulfillment. In this sense, it highlights some topics such as experience, meaning, tendency, defense, freedom, values, considered as fundamental for understanding success or failure in the previously mentioned search (success or failure according to representations and contents where the topics have been part of personal existence, of course).*

**Key Words:** Experience, meaning, tendency, freedom, values, self-fulfillment

---

\* Bachiller en Filosofía, Licenciado en Educación, Licenciado en Psicología, Abogado, Doctor en Derecho. ramirez.le1@pucp.edu.pe; lramirezaguirre@yahoo.com

En la interpretación de la conducta humana resulta fundamental considerar el aporte que representa el conocimiento de la historia experiencial de la persona, y su mundo de significaciones, teniendo en cuenta que este conocimiento hace de la conducta actual un objeto realmente accesible, al permitir una amplia y seria comprensión de su por qué y de su para qué.

## EXPERIENCIA Y CONSTRUCCIÓN PSICOLÓGICA

Se trata aquí de enfatizar la idea de que el ser humano va construyendo sus modalidades de organización, funcionamiento y desarrollo psíquicos, sobre la base de su historia experiencial.<sup>1</sup> Lo vivido no es para él algo que podrá o no asimilar, adquirir como información, o integrar como dato en la propia vida psíquica: lo vivido, en particular si constante, intenso y vinculado a las exigencias fundamentales de la existencia, necesariamente habrá de hacerse parte de la propia historia. La amplitud y profundidad de su presencia e influencia podrán variar, pero ellas tendrán lugar inevitablemente.

Ahora bien, los hechos y situaciones (personales o sociales) vividos, no se habrán de instalar y reflejar simplemente en la persona y en su experiencia, como si su vida psíquica no fuese en lo esencial sino una realidad de reproducción de lo contactado sensorialmente. Tales hechos y situaciones no se le imponen sin más, determinando fatalmente por sí solos, las modalidades de elaboración y respuesta que habrán de desencadenar. La naturaleza humana, precisamente, en tanto humana, no se distingue cualitativamente, por ser un simple espejo. Si lo fuera, su actividad psíquica, y su funcionamiento comportamental, quedarían limitados a ser siempre en absoluta conformidad con aquellos hechos y situaciones. El sentido de la propia existencia<sup>2</sup> estaría radicalmente restringido; en verdad, no sería otro que el impuesto por las cualidades de tales hechos y situaciones. La persona no tendría ni vida ni comportamiento propiamente humanos (no sería más que un *espejo*).

La condición humana es ciertamente otra, esencialmente distinta, al punto de poderse decir, por ejem-

plo, que aun cuando el hombre tuviera el deseo y la decisión de limitarse a reflejar en su comportamiento, el comportamiento de los otros, de algún otro en especial, él no lo podría hacer en sentido estricto, radical. De actuar en aparente conformidad con el comportamiento ajeno que se le ofreciera como estímulo, sería tal actuación no un simple reflejo de aquel (comportamiento), sino mas bien el resultado de un proceso, tal vez básico, elemental, pero en todo caso, de personalización: los estímulos a que nos vemos confrontados, y con los cuales, en alguna medida, nos involucramos, son siempre objeto de un procesamiento psicológico personal<sup>3</sup> (de *adaptación* y *adecuación* a la propia realidad ontológica, según el nivel de evolución por ésta logrado). La percepción de ellos no se reduce a lo que nos ofrecen nuestras sensaciones. Diversidad de otras variables de influencia también habrán de intervenir en el proceso (necesidades, actitudes, emociones, sentimientos, conceptos, expectativas, contexto, etc.); y será de las relaciones recíprocas de influencia entre (todas) esas variables en juego, que emergerá, a manera de síntesis, el significado y sentido atribuibles a lo sensorialmente captado. La elaboración y respuesta que finalmente concrete y exhiba la persona a este nivel, frente a las situaciones de estimulación, será siempre, pues, expresión de una construcción personal.

Tal construcción fundamentará la incorporación progresiva, al propio psiquismo, de los objetos (de estimulación) del mundo fenoménico personal, caracterizados de tal o cual modo, según los tipos de experiencia vividos con ellos: experiencias de lo otro, experiencias de sí con ocasión de lo otro, etc.

En la *praxis cotidiana*, el hombre fue identificando las posibilidades *funcionales* de los objetos: de los objetos en su especificidad, y de los objetos en relación con otros objetos; también las posibilidades de uno mismo frente a los objetos. La observación, el *contacto* y la *manipulación*, le dieron la oportunidad de descubrir y acreditar el para qué sirven tales objetos, y las capacidades personales disponibles para su utilización.

Descubrimiento que le permitió la organización de un mundo de objetos y de un sistema correspondiente

---

1. Sobre la trascendencia de la experiencia en la existencia humana, véase Wojtyla (1982).

2. Acerca del problema del sentido en la existencia humana, véase Frankl (1998).

3. Respecto del procesamiento psicológico (central) al que son sometidos los estímulos, ver Sherif y Sherif (1975).

de comportamientos (de *abordaje*) personalmente significativos. A partir de ahí, los objetos (externos e internos), habiendo alcanzado un más amplio nivel de relación entre sí, se integraron de manera más eficaz y global en la propia vida interior, alcanzando en ésta el ser funcionalmente re-presentados, con una re-presentación, manifiestamente conciente o no (tal vez pre-conciente o aun *inconciente*), *pluri-significativa*. Frente a ellos (frente a los objetos ya incorporados), supuesta su pre-existencia de significación plural, en la subjetividad de sus representaciones, no extrañará que la persona disponiendo de variados esquemas posibles de comportamiento, a ellos asociados, tienda a actuar de diversos modos según los niveles evolutivos y espacios de relación actualmente vividos, mostrándose tal vez más seguro, libre y creativo en unos casos, y temeroso, inseguro, defensivo y rutinario en otros. No extrañará tampoco entonces, que frente a tales objetos la persona tienda a actuar (inicialmente) no en consideración de lo que ellos revelen objetivamente (en la plenitud de las posibilidades reales que ofrecen), sino mas bien en base a la historia de las experiencias con ellos vivida, a las informaciones y conceptos profundos sobre ellos, y sobre sí mismo con ocasión de ellos, construidos.

### MEDIACIÓN DE LA SIGNIFICACIÓN EN LA CONDUCTA

De modo general, tenemos, pues, que la conducta del hombre ante los objetos se halla fuertemente influida por las experiencias con ellos vividas y por la significación a ellos atribuida. La significación atribuida hará que los objetos sean psíquica, y si se quiere, *primariamente*, semejantes, diferentes, prioritarios, secundarios, buscados, resistidos, amados, respetados, admirados, odiados, temidos, etc.; gracias a ella el hombre sabrá a qué atenerse, qué sentir, qué pensar, qué hacer, cómo comportarse ante ellos. Sin que esta línea de inducción comportamental, por lo demás, le impida comportarse, frente a dichos objetos, de un modo finalmente diferente al inicialmente *auto-sugerido*.

En todo caso, el mundo de significaciones<sup>4</sup>, constituido inevitablemente en un complejo sistema de esquemas posibles de conducta, energética, dinámica y

representacionalmente cargado, orientará e inducirá básicamente a la persona a ciertas modalidades de presencia e inserción en el mundo, de actividad cognitiva y relacional con las cosas. Sin embargo, a pesar de su representatividad, tal vez intensa y persistente, dicho mundo de significaciones (y sistema de inducción comportamental) no impedirá, en principio, la posibilidad de la libertad para actuar. Mas bien, podríamos decir, en lo que concierne al ejercicio pragmático de esta libertad, que aquel mundo de significaciones constituye su marco (ordinario) de acción, su referente habitual: la persona suele ejercer su libertad en el contexto de sus relaciones objetales significativas, actuando en conformidad o en oposición a las invitaciones de los objetos, según las significaciones otorgadas a éstos. Revelándose así aquel mundo como un sistema de inducción motivacional y una suerte de guía en el ejercicio de la libertad.

En el caso particular de las conductas francamente psicopatológicas es preciso señalar que sus significaciones más relevantes, aquellas en las que estas (conductas) se sostienen, suelen permanecer ocultas a la conciencia *manifiesta*: a este nivel la persona no desea, ni logra *re-conocer*, en su amplitud, las representaciones penosas profundamente ligadas (real o simbólicamente) a los objetos involucrados en su psicopatología comportamental (objetos a los que ella es especialmente sensible): ella prefiere mantenerlas alejadas de su conciencia epidérmica (nivel superior de conciencia), en un nivel de conciencia profunda (cualitativamente inferior). En esta instancia las representaciones referidas se hallan en una suerte de “represión”<sup>5</sup>, porque la persona no logró todavía la calidad y nivel de experiencias, y de desarrollo, que le permitan confrontarse abiertamente con ellas. Y así continuarán mientras la situación no se modifique sustancialmente. La persona no se arriesgará a entrar en contacto abierto, a ver o escuchar, a sentir o pensar, sobre el plano de la conciencia superior, aquello que no está en posibilidad actual de controlar y conducir (un cierto sentido *integrado*, de realidad -y defensa- de la conciencia *global*, se pone así en ejecución): ante determinadas presencias, temor y ansiedad le habrán de sobrevenir, recordándole y advirtiéndole, la realidad de sus limitaciones y vulnerabilidad. Pudiendo esta situación (en la

4. En relación al rol de la significación en el comportamiento, y a una teoría comportamental de la significación, véase Nuttin (1985).

5. Sobre el mecanismo de la represión, desde el punto de vista psicoanalítico, véase Freud (1999).

que se ven afectados distintos aspectos de su psiquismo, y la calidad de su funcionamiento), ligarse a una pobre evolución por amplios espacios temporales. La situación puede incluso agravarse: las alteraciones sufridas pueden terminar por afectar otros espacios y relaciones, y aun la *globalidad* misma del sistema: la personalidad, en tanto estructura de funcionamiento (psíquico), caracterizada por un sentido de unidad, habla de las necesarias relaciones de interpenetración que tienen lugar entre sus múltiples componentes, por lo que el destino de determinadas partes puede terminar por comprometer y afectar el de las otras, y aun (parcialmente) el de la totalidad<sup>6</sup>.

De esa manera se llega a entender, en parte, el porqué las significaciones *traumatizantes* ligadas en primera instancia a determinado objeto, por la misma dinámica relacional del psiquismo, logran *desplazarse*<sup>7</sup> a otros objetos, con preferencia a aquellos con los que el objeto inicial guarda alguna analogía real o funcional, incrementándose la amplitud e intensidad de estos desplazamientos en la medida de la importancia y poder de resonancia del objeto originario, *traumáticamente* significado, y de la disponibilidad de los objetos potencialmente pasibles de afectación. Abriéndose así la posibilidad que la persona se muestre comportamentalmente alterada frente a situaciones y objetos respecto a los cuales ella puede afirmar, plena de convicción, sobre el plano manifiesto de la conciencia, no haber vivido ninguna experiencia dolorosa.

El problema, por la misma unidad de la vida psíquica (a que nos hemos referido), puede extenderse y afectar, incluso, las capacidades fundamentales de la persona, al no constituir éstas islas de funcionamiento desligadas entre sí, y desligadas de los demás componentes del psiquismo. Tratándose, en el caso de la personalidad humana, de una *modalidad* de funcionamiento integrado, en la que sus distintas capacidades, necesidades, niveles, etc., se hallan en una relación sostenida de interinfluencias, se debe esperar que el destino de unos componentes tienda a comprometer el destino de los otros.

Así, la persona, cuyas capacidades se vieron envueltas o entraron en determinadas relaciones objetales, finalmente frustrantes y dolorosas, en particular si las experiencias fueron continuas y alcanzaron tal intensidad que impidieron su adecuado control, tenderá a defenderse, pudiendo la defensa revestir un cierto carácter de restricción<sup>8</sup> más o menos amplio: en tal caso, ella autolimitará el ejercicio de su real potencial. Este proceso se podrá apreciar, con frecuencia, tratándose de experiencias de fracaso referidas a las necesidades y deseos más fundamentales. Si en estos casos, en los que la persona pone su mayor interés y concentración -cognitiva, afectiva, etc.- para establecer las relaciones que requiere y así alcanzar los objetos que busca, ella termina por fracasar; y si estas relaciones y objetos fueron ya *reconocidos*, de algún modo, como el destino propio, inherente, a las capacidades en juego, entonces es posible que ella (la persona) empobrezca seriamente no sólo sus expectativas de logro, respecto a los objetos-meta vivenciados como frustrantes, sino también sus expectativas de eficiencia respecto a las capacidades utilizadas. En una actitud de defensa, la persona podrá renunciar a un ejercicio saludable de las capacidades involucradas.

Cuando el ser humano termina por construir la idea de un desacuerdo básico entre sus capacidades y los objetos a ellas pertinentes (que sus capacidades no logran alcanzar aquello a que están naturalmente destinadas, y que aquello que requieren está más allá de lo que ellas *pueden*), él se verá seriamente inducido a restringir su ejercicio: las experiencias, intensa y dolorosamente frustrantes del pasado (con amplio espectro temporal), condicionan que el ser humano desarrolle una suerte de *desesperanza*<sup>9</sup> básica respecto a sus posibilidades de *ser en relación* satisfactoria con el mundo de los objetos.

El proceso (inicialmente *defensivo*) de restricción de una determinada capacidad, irá afectando, en un sentido o en otro, tal vez imperceptiblemente, el funcionamiento de otras capacidades, y aun, de la vida psíquica general. Nada de lo realmente importante que ocurra en determinada área o nivel del psiquismo humano,

---

6. Acerca de una concepción global de la conducta humana, véase Nuttin (1985).

7. Sobre la noción de desplazamiento en psicoanálisis, ver Laplanche y Pontalis (1987).

8. Acerca de la restricción del yo en la perspectiva psicoanalítica, véase Freud (1999).

9. En torno al concepto asociado de desamparo, véase Reeve (2003).

deberá pensarse como ajeno a la *realidad* y funcionamiento globales de éste. Así como podemos sostener que es la persona total la que de algún modo actúa al realizar una conducta o ejercer alguna capacidad, y que no es sólo una parte aislada de ella la que interviene, asimismo podemos sostener que es toda la persona la que habrá de vivir, en alguna medida, las consecuencias de sus experiencias de éxito o de fracaso (en la realización o ejercicio referidos).

Veamos (retomando el sentido dinámico y relacional de la noción de unidad, sobre el plano de la aplicación). El óptimo ejercicio de determinadas capacidades cognitivas crea nuevas posibilidades en el terreno propio de la cognición, inicialmente respecto de las capacidades específicas directamente ejercidas, luego, respecto de las demás capacidades. Por ejemplo, las experiencias sensoriales satisfactorias serán, inicialmente, punto de partida e inducción a la búsqueda confiada de otras experiencias sensoriales, luego, al ejercicio de las capacidades perceptivas, las que satisfactoriamente *realizadas* serán a su vez punto de partida e inducción al ejercicio de las capacidades de pensamiento, etc.

El proceso se hará cada vez más amplio, comprometiendo otros niveles o áreas de la vida psíquica: las capacidades cognitivas óptimamente ejercidas crearán nuevas posibilidades también sobre el plano de la afectividad. En la medida que la persona adquiera informaciones y conocimientos amplios y realistas acerca de los objetos, permitiéndole definir con éstos una relación caracterizada por la certeza y la vivencia de saber qué hacer frente a ellos, en esa medida, respecto a tales objetos (y a los que les son real o funcionalmente análogos), ella desarrollará afectos igualmente realistas. Si las informaciones y conocimientos acerca de las cosas son adecuados, también lo serán las emociones y los sentimientos referidos a ellas. En ese sentido se observa que en toda emoción y sentimiento hay una dimensión cognitiva que determina su signo, si positivo y saludable, si negativo y mórbido. Por lo que para crear emociones y sentimientos positivos, de salud y bienestar, es imprescindible alimentar la historia de las experiencias sobre las cosas con informaciones y conocimientos veraces y edificantes.

Tenemos así que el ejercicio satisfactorio de las capacidades cognitivas es capaz de inducir eficazmente la utilización favorable de las capacidades afectivas.

Consideremos ahora cómo las manifestaciones de este uso de la afectividad pueden ser adoptadas como criterio en una evaluación pro-diagnóstica. Al respecto volvamos a tener en cuenta lo arriba señalado, que detrás de toda manifestación afectiva se esconde inevitablemente una dimensión cognitiva, y que esta dimensión le permite a la emoción o al sentimiento hablar de una relación específica de la persona con el mundo de los objetos. Así, emociones y sentimientos se revelan como formas vivenciales de representación (profundamente representativas) de los objetos a los que se hallan referidos y ligados. Emociones y sentimientos experimentados, respecto de los objetos (personas, situaciones, cosas, etc.), expresan, pues, aspectos intensamente significativos del tipo de relación vivido con ellos (o con sus análogos), informaciones y conocimientos sobre ellos adquiridos, y lo que ellos (los objetos) representan en niveles profundos de nuestro psiquismo.

Los afectos, organizados a partir de su dimensión cognitiva<sup>10</sup>, y en función de ésta, no solo nos disponen en el ahora a un modo de contacto más o menos realista con las cosas, al estar asociados a una representación mental de éstas, sino que nos permiten además la posibilidad de tener *íntimamente* presente una síntesis de las experiencias vividas con ellas, y lo que ellas (las cosas) han llegado a significar existencialmente para nosotros. Luego, emociones y sentimientos son una puerta de entrada al conocimiento y comprensión profundos de la historia de las relaciones personales con el mundo, y (complementariamente) un espacio indicador de las exigencias (insatisfechas) a satisfacer.

Se puede entender, parcialmente, el porqué de todo ese potencial de representación de los afectos, si tenemos en cuenta que los hechos, situaciones, actividades, y relaciones de la vida social, se suelen ofrecer, a la percepción y experiencia de la persona, como datos cargados energéticamente, y más o menos significativos de la realidad: como claves de distinto valor en orden a la supervivencia, desarrollo y bienestar personal. El lenguaje verbal y no verbal, la palabra y el gesto de los actores sociales encargados de la transmisión

10. En relación a ciertos aspectos cognitivos de la emoción, véase Reeve (2003).

de aquellas claves, con frecuencia las ofrecen no solo como datos de razón, también como datos *vivenciales* (en particular, en la medida de su mayor vinculación a las necesidades y deseos más fundamentales). Así, la información ofrecida, por estos actores, como expresión existencial de aquello en lo que uno *crea*, llegará al receptor con un cierto sello de autoridad.

Por lo demás, las emociones no se revelan sólo como *dato* psicológico, social, cultural, (*significativo*) respecto de la historia *antigua* de la persona, también respecto de su historia actual. Tengamos en consideración que las emociones predisponen al ser humano a un cierto tipo de contacto con el mundo, que ellas al traducir ciertos modos de representación objetual, estimulan ciertas formas de reacción y acción, por lo que tales emociones (por una auto-exigencia de eficacia) tenderán a vivenciarse en la medida que la situación presente, real o funcionalmente, sea apropiada a su explícito desencadenamiento, y al *reforzamiento* de las formas cognitivas y comportamentales a ellas (a las emociones) ligadas; de lo contrario, de no ser así, las emociones, sus representaciones cognitivas, y las formas de contacto que ellas inducen, tenderán a *inhibirse* y permanecer en un estado de relativa *latencia*. En breve (y en positivo), si la persona, en el presente, tiende a mostrar de modo persistente ciertas emociones, es porque ella encuentra (en el medio) situaciones propicias para hacerlo.

Tenemos así que bajo determinadas circunstancias el ser humano suele expresar determinadas emociones, y más bien otras (emociones) bajo otras circunstancias, lo que nos permite reconocer que entre emociones manifiestas y circunstancias (en las que ellas se manifiestan) existe una relación funcional. Luego, las emociones manifiestas, sobre todo si intensas y persistentes, pueden asumirse como indicación de la realidad actual de la persona, en lo *propiamente personal*, en lo social y cultural.

## UNA LECTURA PSICOLÓGICA DE LA HISTORIA PERSONAL

En la reconstrucción de lo vivido se debe considerar como fundamental la recolección, organización, análisis e interpretación de la información válida más am-

plia y diversificada posible. A mayor información acreditada acerca de las vivencias, relaciones significativas, hechos y situaciones, vividos por la persona, mayor probabilidad de poder reconstruir realísticamente sus modos existenciales de ser en el mundo. Y, como es obvio, cuanto menor sea esa información, menor será la probabilidad de tal *reconstrucción*.

Ahora bien, es innegable que aun la conducta manifiesta (aquella que se ofrece a la observación *natural*), no logra ser reconocida en toda su representatividad: esto resulta imposible incluso para la investigación psicológica. Las limitaciones de sus metodologías e instrumentos, de sus enfoques teóricos, pero básicamente las limitaciones inherentes a la percepción y pensamiento humanos, no permiten que la reconstrucción de la conducta pueda realizarse plenamente.

El problema se revela en toda su complejidad en la medida que esta reconstrucción apunta a lo que la conducta representa en sus niveles de significación más profundos, es decir, en aquellos (niveles) asociados a las finalidades últimas de la existencia -al mismo sentido final de la realidad humana, en el que esta realidad ve consolidada, esencial y definitivamente, su unidad, armonía, y plena posibilidad de realización-.

La complejidad de la reconstrucción aludida, puesta ya de manifiesto cuando se constata (aún sin ingresar a espacios profundos del psiquismo) cómo bajo la apariencia de semejanza las conductas pueden hallarse ligadas a condiciones internas altamente diferenciables, y cómo condiciones internas semejantes pueden mostrarse bajo apariencias comportamentales distintas, nos lleva a reconocer lo fundamental de ingresar (en lo posible) en la vida interior de las personas, para desde allí intentar identificar con cierta (relativa) objetividad (desde el reino de la subjetividad) algunas líneas básicas de su dinámica y orientación.

En este contexto es preciso referirse al espacio de despliegue de la intencionalidad: toda conducta es intencional en el sentido que busca realizar progresivamente una finalidad<sup>11</sup>, perseguir y acceder a una meta. Pero siendo la conducta de la persona, conducta de un ser caracterizado esencialmente por la unidad en la mul-

---

11. Sobre el concepto de finalidad en psicología, véase Vergote (1998).

tipicidad (y un sentido de jerarquización), se debe entender que en el fondo se trata siempre (en la conducta) de una plurifinalidad: la conducta como intencionalmente dirigida a realizar distintas finalidades, a acceder a distintas metas. Pudiéndose reconocer que la notoriedad de algunas finalidades y metas corresponde al valor relativamente predominante que ellas pueden alcanzar, en tal o cual espacio temporal, por los requerimientos evolutivos (de defensa y desarrollo) de la persona y de la personalidad; siendo también posible observar que finalidades de la mayor jerarquía intrínseca y ontológica, y del mayor espectro de influencia (finalidades englobantes de otras más específicas y concretas), puedan permanecer, sin embargo, *escondidas*, sin *revelarse* (con claridad), a nivel de la conciencia y de la conducta manifiestas<sup>12</sup>. Por lo que una lectura *comprendiva* real e integral (aunque relativa) de la conducta (que implica la develación progresiva de las articulaciones necesariamente existentes entre ella y sus finalidades manifiestas y no manifiestas), exige, en orden a sus mejores posibilidades, la cooperación de la misma persona que se comporta (dispuesta íntimamente a darse a conocer).

Ciertamente la *reconstrucción* de la conducta es una tarea en extremo compleja: complejidad a enfatizar si tenemos en cuenta el hecho adicional que las tendencias integradas en la conducta del ser humano constituyen una red englobante que se extiende a sus distintos niveles de funcionamiento (a la biofisiología, la afectividad, la cognición, las relaciones interpersonales, etc.).

En efecto, tendencias de distintos niveles se hallan detrás de las diferentes formas organizadas de conducta, no habiendo forma alguna que, de algún modo o en alguna medida, no permita la indagación, y posterior reconocimiento de su presencia subyacente.

Si a lo señalado se añade que lo biológico, lo psíquico, lo social y cultural distan de ser dimensiones fenoménicamente caracterizables como plenas de coherencia y armonía, y que la oferta (de estimulación e inducción) social y cultural, que debiera favorecer el proceso de integración funcional y constructiva de las tendencias (de la persona y su humanización), con frecuencia lo desfavorece, generando incertidumbre, am-

bigüedad y conflicto (palabras, ideas, emociones y sentimientos, gestos y acciones asociados a aquella oferta, que obstaculizan el mayor nivel de coherencia posible entre aquellas tendencias -aun tratándose de espacios que involucran cuestiones de la mayor relevancia humana: cuestiones referidas a principios y criterios que sostienen el sentido moral y jurídico de las personas y la sociedad-), cómo no esperar, al menos en parte, que el ser humano, a manera de respuesta interior, desarrolle una actitud de indefinición, de no saber qué hacer, aun frente a aspectos que comprometen seriamente su desarrollo, su expansión existencial y su propia supervivencia. Todo lo cual hace pues que la tarea de reconstrucción de la conducta, y de las finalidades asociadas a sus tendencias, se vea reforzada en su complejidad.

### **LA CONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA PERSONALMENTE REALIZADA: EN LA ENCRUCIJADA DE LAS TENDENCIAS Y LA LIBERTAD**

Las tendencias, en tanto síntesis de la evolución vivida, y (de ordinario) soporte de la pragmática del comportamiento, constituyen una categoría conceptual fundamental de la psicología humana; ellas ponen en escena diversas clases de información adquirida, los niveles de significación e interiorización alcanzados por estas informaciones, y las modalidades de vivencia a ellas asociadas.

En su amplia diversidad, las tendencias habrán de integrar, en un proceso de lenta maduración, todo aquello de más representativo vivido por la persona en el orden de cosas a ellas (a las tendencias) pertinentes: ellas hablan de los diferentes tipos de relación vividos con el mundo de los objetos: relaciones de logro y satisfacción o de frustración e insatisfacción, de certidumbre o de incertidumbre, de complementariedad o de oposición, de optimismo o de pesimismo, de alegría o de tristeza, etc.

En realidad, lo vivido, en tanto asociado (predominantemente) a tales o cuales dimensiones de la existencia, en la medida de su mayor intensidad y persistencia, y de su vinculación más estrecha a las necesidades más fundamentales, se habrá de incorporar a las tendencias desarrolladas por la persona, a aquellas ini-

12. Asociado a estas ideas se puede mencionar el conflicto de la doble voluntad a que se refiere Alarco (1977).

cial y directamente basadas en la propia biología, o a aquellas otras más bien fundadas (sobre todo) en el aprendizaje. Se trate de unas o de otras, las tendencias habrán de hablar de una evolución cumplida con un sentido de integración global, sin desconocer el mayor peso de influencia que habitualmente ejercen en el desarrollo de ellas sus condiciones inherentes originarias; pudiéndose de ese modo anticipar que, en las tendencias originariamente biológicas, asociadas, por ejemplo, a las necesidades de hambre y sed, los requerimientos propiamente orgánicos jugarán un rol de mayor amplitud que el que habrán de jugar en las tendencias vinculadas a las necesidades de conocimiento, amor y realización; y que, en las tendencias originariamente psicológicas, vinculadas, por ejemplo, a las necesidades ya mencionadas de conocimiento, amor y realización, los requerimientos propios del psiquismo humano jugarán un rol de mayor amplitud que el que habrán de jugar en las tendencias asociadas a las necesidades aludidas de hambre y sed.

Ahora bien, al *hablar* las tendencias, de la evolución vivida, es de esperar que, en un nivel profundo de autopercepción, ellas se constituyan para la persona en un factor primario de identidad, al punto de poderse decir (esta persona) a sí misma -en aquel nivel-: *soy lo que mis tendencias*. En tal sentido podemos observar la cerrada defensa que numerosas personas hacen de sus tendencias a sentir, pensar o actuar de un cierto modo, al punto de poderse considerar que en estas tendencias ellas sienten, y, aún, *entienden* (en un nivel elemental), definir su estilo *natural* de ser y existir.

Entre otros motivos, posiblemente concurrentes en la configuración de este fenómeno, mencionemos los siguientes:

- El repliegue a la propia historia experiencial: a las informaciones adquiridas, integradas en un orden de prevalencias. La persona, a consecuencia de haber vivido, por ejemplo, una relación significativa de frustración, intensa y persistente, que dio lugar a interrogantes de carácter existencial todavía no resueltas, construyó un margen de incertidumbre y duda frente al futuro, en especial respecto a los objetos involucrados, real, funcional o simbólicamente, en dicha relación.
- La *idealización* de aquello fundamental, integrado y representado en las tendencias, sobre todo si

asociado al comportamiento básico de los objetos primordiales (padres o sustitutos), proveedores de información del mayor valor de prestigio.

- La necesidad de compensar el sentimiento de la propia debilidad en la comprensión y manejo realista de las relaciones objetales, con una posición aparentemente fuerte y sólidamente arraigada.
- La *intención* de negar aspectos de la realidad exterior que pudiesen resultar, en alguna medida y de algún modo, generadores de ansiedad, miedo o inseguridad. En este contexto, el vivir ciertas tendencias con intensidad, e identificarse con ellas, podría servir a la persona, entre otros efectos, como recurso defensivo para sustraerse al riesgo de ceder a las insinuaciones *comprometedoras* del entorno.

El problema del *apego* a las tendencias en el comportamiento humano es ciertamente mucho más complejo que lo que se puede vislumbrar a partir de lo expuesto. En todo caso se ha buscado resaltar que el *registro* de las tendencias integra, en su configuración final, contenidos *claves* de distintos niveles del funcionamiento psíquico, y que esta amplia representatividad hace que la persona muestre, con frecuencia, resistencia a contradecirlas, a no escucharlas.

Aún así, la libertad puede enseñorearse, actuar por *encima* de las tendencias (a pesar de las dificultades). Educación y cultura juegan en esto un rol de la mayor importancia. Una educación y cultura que creen condiciones verdadera y eficazmente favorables a la auténtica realización de sí, y promuevan en la vida cotidiana un saludable y placentero ejercicio de la razón y del buen *critério*, serán una invitación constante para que la persona, en la *pragmática* de su funcionamiento comportamental, sienta disponer de un amplio y atractivo espacio de posibilidades para actuar desde más allá de sus tendencias, convencido de su suficiente capacidad para orientarse y conducirse selectiva y óptimamente en él, logrando así la oportunidad (utilizadas que fuesen aquellas posibilidades) de reconocerse como genuino constructor de su propio destino.

La nueva historia que se suele reclamar para la humanidad: la historia de una humanidad desarrollada en conformidad con las cualidades que la distinguen esencialmente como tal -como humanidad-, no podrá

verse realizada consistentemente mientras el medio *social-cultural*, de modos tan diversos y sugestivos, intensos y persistentes, siga promocionando, directa e indirectamente, el imperio de las tendencias, y una actitud de sometimiento a ellas, sin la debida valoración de sus contenidos, aún tratándose de tendencias que comprometen aspectos que a esta humanidad y a su desarrollo le son esenciales.

En realidad, el proceso de construcción de una nueva historia de *la humanidad*, que garantice al hombre la posibilidad de un funcionamiento integral definitivamente humano (claramente orientado, y existencialmente sostenido), requiere que la sociedad, ella misma, se esfuerce seriamente en *afirmarse* en la búsqueda de una realización constructiva de sus finalidades superiores.

### LOS VALORES EN EL DESPLIEGUE DE LA HUMANIDAD: BREVES CONSIDERACIONES

La humanidad, en lo que se distingue cualitativamente como tal, como humanidad, encuentra su fundamento y su posibilidad de realización<sup>13</sup> plena en los valores; esto es algo que le es realmente esencial, algo sin lo cual no podría tener lugar el cumplimiento de su sentido, de su finalidad, del destino al que (ella) está llamada; siendo, en ese contexto, la libertad, al tiempo que un valor, una condición requerida para ejercer de modo realmente humano los demás valores; y las facultades cognitivas, en particular el pensamiento, un (complejo) sistema de instrumentos con qué poderlos identificar y configurar psíquicamente, en sus conceptualizaciones más elementales o en las de mayor complejidad, en sus aplicaciones pragmáticas, y en sus representaciones vivenciales.

Entendemos que la actividad exploratoria de la percepción, la más profunda, trascendente y universal del pensamiento, pero asimismo la de la intuición<sup>14</sup>, constituyen en su conjunto una unidad de trabajo psíquico que hace posible, progresivamente, el *reconocimiento*, encuentro y *definición* subjetiva de los valores; en tanto que la libertad nos muestra la extraordinaria dignidad de un ser, no sometido mecánicamente a la realiza-

ción de un proyecto *axiológico* inherente, sino mas bien abierto a la posibilidad de asumir posición frente a él, y de realizarlo por propia decisión, sobre la base y la orientación de la conciencia desarrollada.

Los valores no son pues algo más en la psicología humana, una construcción auxiliar inducida exclusivamente por el entorno social, de la que se vale la persona para el logro de ciertos efectos parciales y concretos. Ellos son, mas bien, algo esencial, una constante en la vida y en la dinámica de su universo psíquico, principios de su actividad, organización y orientación, cualesquiera sean las modalidades y características de presencia que este *universo* llegue a adoptar. Los valores le indican a éste, le sugieren, y permiten, un amplio derrotero de auténtica realización posible, desde el cual poder responder a interrogantes de tanta significación existencial como las referidas al por qué, al para qué, y, al cómo *vivir*.

Así entendidos los valores, como aspectos inherentes a la onticidad humana y a su despliegue, deben ser finalmente considerados como el marco dinámico de desenvolvimiento dentro del cual la persona, según el tipo de actitud que configure respecto de ellos, habrá de construir su destino humano real: de auténtico desarrollo, salud y bienestar; o, en su defecto (destino *esencial* frustrado) de enfermedad, destrucción y muerte.

### REFERENCIAS

- Alarco, G. (1977). El itinerario de la voluntad en las Confesiones de San Agustín. *Revista de la Universidad Católica* (Lima, Perú), 2, 149-162.
- Frankl, V. (1998). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Editorial Herder.
- Freud, A. (1999). *El yo y los mecanismos de defensa*. Barcelona: Paidós.

13. Sobre la realización de sí mismo, véase Vergote (2006).

14. La intuición como facultad cognitivo-afectiva que le permite al ser humano descubrir en la intimidad más interior de su propio ser, al otro, vivenciando, en lo esencial y en sí mismo, lo vivenciado por éste.

- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1987). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, España: Labor.
- Nuttin, J. (1985). *Théorie de la motivation humaine. Du besoin au projet d'action* (2e éd.). Paris: P.U.F.
- Reeve, J. (2003). *Motivación y emoción* (3ª ed.). México: McGraw-Hill/Interamericana Editores, S. A. de C. V.
- Sherif, M. y Sherif, C. (1975). *Psicología Social*. México: Ed. Harla.
- Vergote, A. (1998). Finalité en psychologie [La finalidad en psicología]. *Revue d'éthique et de théologie morale "Le Supplément"*, 207, 67-100.
- Vergote, A. (2006). *Humanité de l'homme, divinité de Dieu* [Humanidad del hombre, divinidad de Dios]. Paris: Les Éditions du Cerf.
- Wojtyla, K. (1982). *Persona y acción*. (Texto definitivo establecido en colaboración con el autor por Anna Teresa Tymieniecka). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.